

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 22 Julio de 1893

Núm. 60

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^a, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



LOS REGIDORES DE BRUJAS EN EL TALLER DE JUAN VAN EICK

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—Zapatos nuevos, por EDUARDO DE PALACIO.
—Seis poesías, por SALVADOR RUEDA.—VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca (continuación), por M. GASTÓN VUILLIER, traducido del francés por C. V. DE V.—A orillas del precipicio, por C. SUÁREZ BRAVO.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos.

Grabados.—Alberto de Vriendt.—Los regidores de Brujas en el taller de Juan van Eick, pintura mural, por ALBERTO DE VRIENDT.—El duque Desiderio de Alsacia deposita la reliquia de la Sangre de Jesucristo en la iglesia de San Basilio, pintura del mismo.—Un capítulo de la orden del Toisón de Oro, pintura del mismo.—VIAJE Á LAS BALEARES: Interior de la Lonja.



Crónica

Buena la hubisteis franceses
la rota de Roncesvalles,

dice un romance antiguo castellano, el cual tiene aplicación á la bullanga recién ocurrida en París con motivo de un baile, digno de la decadencia romana. De la tal bullanga salió descalabrado el decoro social, como los franceses derrotados en Roncesvalles. Los tribunales de la nación vecina, que no pecan de muy severos en castigar los delitos contra la honestidad y el decoro, condenaron, imponiéndoles pena leve, y aun remitiéndosela en seguida, á un alumno de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital y á dos ó tres mozuelas, que habían desempeñado principal papel en el aludido baile, organizándolo el primero y haciendo las segundas de modernas Frinés. Y de ahí la ira de la gente del barrio Latino, la que en una alocución á sus camaradas no tuvo empacho en decir *coram populo*, entre otras cosas lo siguiente: «Por efecto de la condena de los acusados del baile de las Cuatro Artes,—el baile en cuestión,—nos encontramos ofendidos todos en nuestros placeres y en nuestra libertad artística.—Es el último golpe dado á nuestra unidad y á nuestra fuerza si no protestamos enérgicamente contra tan cínica condena.» ¡Ofendidos en la libertad artística los aprendices franceses de pintor, de escultor y de las demás artes, porque se castigó debidamente á quienes en aquel famoso baile ultrajaron la moral y convirtieron aquella sala en una verdadera lupereal! Es cuanto había que ver. ¡Qué sentido moral el de los estudiantes parisienses! ¡Qué plantel de ciudadanos y de padres de familia! Por dicha serían muchos los que no opinarían como sus camaradas bullangueros, pero éstos chillando metieron más ruido que los otros callando y acaso protestando en su interior contra los desórdenes. Éstos revisitaron gravedad en algunos momentos, porque á los escolares se unieron los elementos levantiscos que hay en París en gran número, de modo que en los periódicos se habló de anarquistas y de socialistas que habían aprovechado la ocasión para crearle dificultades al gobierno. La represión de la policía en las primeras asonadas fué enérgica, acaso dura, cosa difícil de juzgar no estando en el terreno mismo de los sucesos y sabiendo que hay tendencia á acriminar á la autoridad y á los jefes de una fuerza

cualquiera cuando se ven en el caso de obrar sin contemplaciones. Que hubo una víctima inocente en M. Nuger, que se hallaba tranquilamente tomando café, no cabe dudarlo, mas fué desgracia suya verse envuelto en la tremolina que se armó en aquel sitio al penetrar en él la policía. Que los manifestantes no procedían con mucha dulzura lo dicen los muchos agentes heridos, algunos de gravedad, y los destrozos que hicieron en distintos puntos donde arrancaron árboles, poyos, faroles y cuanto hallaron á mano, volcaron ómnibus é incendiaron algunos de los carruajes. Dice alguien que los autores de esos desaguisados no eran estudiantes. Difícil sería probarlo, mas aun admitiéndolo, su cínica protesta contra una condena fundada en la ley y en las buenas costumbres, y la bullanga que organizaron, dió pie á los alborotadores de todos los órdenes para cometer las fechorías que hemos indicado y otras varias referidas por los periódicos parisienses.

Otra dificultad le ha salido al Gobierno francés con los sindicatos obreros. Exigióles que se pusieran en regla, ajustándose á la ley, lo cual no había hecho la generalidad, antes existían de la manera que se les antojaba á sus organizadores y á sus individuos, sin curarse para nada de la ley que previene cómo deben funcionar las expresadas asociaciones. Sobre este asunto varios diputados é individuos del Ayuntamiento de París, le pidieron al presidente del Consejo, M. Dupuy, que el Gobierno concediese una subvención á la llamada Bolsa del Trabajo, centro de los sindicatos, y que aguardase á tomar resolución respecto de las prevenciones que les había hecho á que los tribunales hubiesen fallado acerca de la interpretación relativa á los sindicatos profesionales. M. Dupuy dijo que los sindicatos debían ajustarse á la ley de 1884 sobre asociaciones, que para verificarlo les había concedido un plazo suficiente, y que habían contestado declarando formalmente que no se someterían á lo que se les exigía, añadiendo que, no satisfechos aún con esto los sindicatos que funcionan irregularmente, que son los más, se esforzaron en obtener de los escasos sindicatos que habían cumplido con la ley, que en adelante dejaran de someterse á ella. El presidente del gabinete francés dijo en consecuencia que se mantenía lo mandado y que continuaría en suspenso el pago de la subvención solicitada. Calentóse después todavía más la cosa, al punto de que el Gobierno se creyera en el caso de disponer el cierre de la Bolsa del Trabajo, lo que se efectuó. Por su lado los sindicatos anunciaron una huelga general. ¿Se realizará? Si así fuese, en las circunstancias actuales no dejaría de ser una complicación más y muy grave para el actual ministerio de Francia, obligado á luchar con los elementos perturbadores de la calle, con los diputados radicales, aficionados siempre á mover jarana, y con el Ayuntamiento, pronto en todos los casos á amparar á los revolucionarios más avanzados.

Dijimos en otro número que el gobierno de Alemania había triunfado en las pasadas elecciones, si bien por una mayoría bastante débil. No queda ya duda de que el emperador Guillermo II y el canciller imperial von Caprivi, dispondrán en el Reichstag de los votos necesarios para lograr la aprobación de los proyectos militares. En alguna ocasión hemos hecho notar que en el Imperio alemán el respeto al Emperador es muy profundo, y que por lo tanto, cuando la voluntad del soberano se muestra tan clara como en el caso presente, no se opone á ella el pueblo representado por sus diversas clases sociales. La votación misma, em-

pero, no deja de ser una advertencia que no debe despreciarse. «Parécenos, dice un periódico de Ginebra, que si se trata de averiguar el sentido de la votación que acaba de hacer el pueblo alemán, se descubrirá en ella lo siguiente: Alemania ha aceptado sin entusiasmo y con espíritu de resignación patriótica los nuevos sacrificios que se le han pedido, sobre todo con la esperanza de obtener, á título de compensación, el servicio de dos años. A la vez desea también que se ponga término á una competencia alarmante y ruinosa, y espera de sus gobiernos una política que tienda á disminuir y no como hoy á aumentar indefinidamente las cargas militares y los armamentos. Esto es, á lo menos esto nos parece ser, la filosofía de las últimas elecciones.» El discurso del Trono leído en la apertura del *Reichstag* insiste en la necesidad de desarrollar las fuerzas militares, dice que en el nuevo proyecto se disminuyen las cargas personales y las cargas financieras, y termina con estas frases: «Es un deber sagrado para nosotros conservar las gloriosas adquisiciones, deber que podremos cumplir si somos bastante fuertes y bastante poderosos para continuar siendo el seguro sostén de la paz europea. Contamos con la adhesión patriótica del *Reichstag* para realizar esta tarea.»

* *

Un dato interesante se ha sacado de las pasadas elecciones de Alemania. Escribe la *Gaceta popular de Colonia* que en las comarcas católicas en la mayoría de sus vecinos y con población obrera, el socialismo, no sólo no ha hecho progresos sino que hasta ha retrocedido. Este buen resultado se debe á la influencia de la Iglesia y al programa del partido católico, llamado del Centro.

* *

Bullanguita hicieron también en Madrid los barrenderos que habían sido despedidos por el Ayuntamiento. Hubo palos, distintas veces, saliendo de la refriega contusos y heridos por parte de los barrenderos y por parte de los agentes de policía. Es mal síno el de estos tiempos que cualquier tontería sirva para dar pie á una asonada y para alterar el orden en las calles. Al fin del cuento la mayoría de los barrenderos fué admitida nuevamente, con lo cual se acabaron aquellos microscópicos motines, que coincidieron con el cambio del ministro de Gracia y Justicia. El señor Montero Ríos, después de haber estado meses y meses diciendo que se iba, se marchó al fin, porque tampoco fueron aceptados los últimos proyectos que presentó para su departamento. Sustituyóle, con rapidez pasmosa, el señor Ruiz Capdepón. Del trágico que lleva y de los disgustos por que pasa, puede consolarse el ministerio con los aumentos que se afirma ha tenido la recaudación de las contribuciones, rentas y derechos del Estado. A treinta y seis millones se hace ascender este aumento desde que el señor Gamazo tiene á su cuidado la cartera de Hacienda. De desear sería que pudieran publicarse con frecuencia semejantes nuevas y que al fin de la colada no hubiese de exclamarse: «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

B.

Zapatos nuevos

Como elegantes y bien rematados, ya lo creo que eran dignos de elogio.

Es decir, el doctor en obra prima que los había planeado y cortado, cuidando del fondo y de la forma poética.

Porque en un par de zapatos, y aun en un zapato solo, cabe la forma poética, lo mismo que en un drama ó en otra obra no prima.

Estrené un par de zapatos de charol, que excitaban la envidia del mundo cursi, en la calle.

¡Cómo me miraban los jóvenes de becerro mate, los de botillos de la *commune* ó sea, sin medida especial, baratos, indignos de calzar «pies principales!»

¡Y no digamos si tropezaba con algún sujeto, no del orden si no del desorden de descalzos!

Me hubieran asesinado más de cuatro socialistas por la base, para aprovecharse de mis zapatos.

¡Unos zapatos nuevos, en estos tiempos, y de charol, esto es: brillantes!

Todo cuanto brilla excita la envidia de las muchedumbres.

Yo continuaba mi camino, correspondiendo con miradas compasivas y desdeñosas á las de los transeúntes, admiradores de mis zapatos.

—¡Lo que representa un hombre en Madrid con unos zapatos nuevos! pensaba yo, viéndome admirado por la sociedad.

En el Círculo, á todos mis amigos parecieron muy elegantes y de forma correcta mis zapatos de charol.

Me tendí, casi me acosté en una banqueta, así para descansar como para lucir los zapatos.

Posición elegantísima, porque eso de echar los pies por alto es casi casi de educación elemental, ó primaria, ó primitiva.

En aquella actitud pedí café.

Me parecía á mi mismo un sultán con zapatos de charol.

Porque yo no sé si su religión les prohíbe usar otro calzado que las babuchas; pero sí sé que les permite echarse en divanes.

Uno de los criados colocó un veladorcito á mi alcance para que pudiera tomar café, sin perder la comodidad.

Cuando me levanté, me pareció notar cierta opresión en los pies.

—¿Será nocivo el café para los zapatos de charol? Dudé.

Pero se desvaneció la duda, porque cesó un tanto la opresión.

¡Lastimarme unos zapatos que son maravillas artísticas de uno de nuestros primeros autores!

¡De uno de los *maestros* de mayor circulación!

Salí del Círculo y me encaminé á casa de mi novia.

Ella me esperaba con impaciencia, seguramente.

Habíamos concertado la víspera, con la mamá y el papá, ir al Círculo de Colón toda la familia.

Y yo era como de la familia.

Los padres de mi amada me consideraban como á hijo... *venidero*; mi novia también; digo, mi novia me trataba como á esposo político, y sus hermanitos como á hermano probable y juguete efectivo.

¿Qué diría ella de los zapatos?

¡Pasar una tarde al lado de mi adorada Ruperta, cambiando con ella palabras de amor y miradas aún más elocuentes que las palabras!

¡Y legalmente autorizado por nuestros primeros padres! según yo calificaba á los de mi novia.

¡Y todo esto con terno nuevo todavía, porque le había estrenado el domingo anterior, y, particularmente, con aquellos zapatos!...

¿Quién más feliz que yo?

Llegó la hora de salir de casa para dirigirnos al Círculo.

Mi Ruperta se deshacía en elogios de mis zapatos.
—¡Son preciosos, me repetía, y te hacen un pie tan bonito!...

—Serán dos pies, hija, repliqué por decir un chiste.
—Pues es claro, hombre, repuso algo picada, los dos que usas.
—Ruperta, eso equivale á decir que tengo más de dos.
—Calló y callé.

—¡Mal principio! pensé. Así se forman las nubes entre los enamorados; luego sobrevienen las tormentas, y los suicidios y los novicidios. ¡Caramba! ¡y parece que me oprimen los zapatos con exceso!

Desde la casa de mi Ruperta y compañía hasta la Puerta del Sol pasé mal rato!
Pero aún lo atribuía al disgusto con mi novia.
Y pensé, aunque no más que unos segundos:
—¿Será perjudicial la riña con su novia, cuando uno estrena zapatos de charol?

En esto oí á la mamá de Ruperta que decía á su esposo:
—Ya están de monos: esta chica tiene un carácter imposible.
Y el papá replicó:
—Es que él es memo.
¡Cómo me llegó al corazón aquel calificativo!

En el camino tropecé siete ú ocho veces, y en una de ellas estuve si caigo si no caigo.
Se me enturbiaba la vista, sentía palpitaciones en el cerebro, dolor en los riñones, en el estómago, en el vientre y tendencias provocativas.
Iba al lado de Ruperta sin hablar palabra.
El mote que me había aplicado su padre, el desdén de su hija, la «dulce opresión» de los zapatos nuevos me asesinaban.

—¿Se siente usted malo, Serafinito? me preguntó mi futura mamá política y administrativa.
—No, señora.
—Siempre han de estar ustedes así, de pelea. Vamos, vamos, *haced las paces*.
—¡Si no hemos reñido, mamá!

—¿Ves cómo es cierto lo que yo te digo? volví á oír al papá, que ese chico es tonto.
—Un pobrecito, enmendó la esposa.
—Bien, repitió mi suegro; pobre, pero necio.
Trabajo me costó contenerme.
De buena gana me hubiera «arrancado por peteneras» para devolverle los insultos.
Pero los zapatos no me dejaban ni ofenderme.
Para mí no había en el mundo más que un par de zapatos, que me atormentaban, y un zapatero á quien deseaba ver en el patíbulo con un par de zapatos nuevos, como los míos.

Por fin, en la Puerta del Sol, subimos en un coche del tranvía del Norte.
Mientras «viajamos» en coche, descansé.
Cuando nos apeamos, en la glorieta de Santa Bárbara, casi tuvo que bajarme á puñados el cobrador del tranvía.
Y poco faltó para que, desde la parada del coche á la puerta del Circo, tuviera que llevarme en brazos mi suegra ó á lomo mi suegro.

—¿Qué es eso, Serafinito, qué le pasa á usted? me preguntó mi mamá en lontananza.
—Los zapatos, respondió el rinoceronte paterno.
—¿Le aprietan á usted? preguntó Ruperta, con cierto interés.
—Un poco, tartamudeé.
—Es natural; quieren ustedes parecer bonitos...

—No es eso, don Hilarión, repliqué á mi suegro.
—Sí es eso: pero oiga usted: á un amigo y compañero que fué, en la Deuda, tuvieron que amputarle las dos piernas, á consecuencia de las *mataduras* que le hicieron unas botas nuevas.
—¡Qué atrocidad!

—Es muy malo.
—Ya lo creo.
—Son monadas que cuestan caras.
En esta conversación llegamos á la puerta del Circo.
Me dirigí al despacho, para comprar los billetes necesarios.

Pero don Hilarión se opuso disgustado, y me atajó el paso al mismo tiempo, pisándome, no sé si intencionadamente, primero, el pie derecho, y luego, el izquierdo.
¡Con cuánto entusiasmo le hubiera aplicado un puñetazo en la nariz!

Pero me contuve.
—No faltaba más, repetía el suegro.
—Sería una vergüenza, afirmó su esposa.
Ya en un palco, no sé si de sol ó de sombra, en el Circo de Colón, no puedo decir lo que ví ni lo que oí, ni lo que hablé.

Sé que me colocaron al lado de Ruperta, para que pudiéramos conversar con cierta holgura.
Pero yo no veía, siquiera, ni sabía si aquel caballero grotesco, disfrazado de feo, era un oso con levita, ni si el oso era mi suegro, con bata.

—Váyase usted, Serafinito, si se siente mal, me aconsejó mi mamá adoptiva.
—Sí; lo primero es la salud, afirmó el traidor y suegro.
—No, no, tartamudeé, me siento regular.
—Como te vayas, hemos concluido, me dijo á media voz mi novia.

—Está usted pálido, con *anteojeras*, añadió mi papá político y cerril.
—Sí; muy pálido.
—¿Quiere usted un té?

—No, gracias.
Me defendí cuanto pude, hasta que, al fin, loco, sin darme cuenta de lo que hacía, salí del palco, sin despedirme casi, y del Circo, buscando un coche de alquiler.

Tropecé con un caballero á quien senté contra su voluntad en la vía pública.
—Disimule usted, le dije.
Y él, con razón, replicó furioso:
—¿Por qué he de disimular, animal?

Pisé á una señora la falda y la dejé en paños menores.
Me mordió un perro y yo mordí al amo.
Y nos llevaron á la delegación á los tres, para ver si el perro y yo estábamos *hidrófobos*.
Pero yo fuí descalzo.

Me quité los zapatos y los tiré, con tan mala suerte que dí en la cara á un sujeto de malas pulgas, que pasaba á la sazón.
Me pidió una tarjeta y me dió otra suya.
Después me envió los padrinos y después me dió un chirlo, salvo la parte, en este hombro.

Y me quedé sin novia, y me multaron en veinticinco pesetas, por andar sin bozal y morder al prójimo.
Y no he vuelto á estrenar un par de zapatos, por si acaso.
Se los doy al sereno para que los use dos ó tres noches.
Como quien dice: para *culotarlos*, como las pipas.
Y luego, me los pongo.

Por traslado
EDUARDO DE PALACIO.

Seis poesías

LA PALMERA

(ACUARELA AMERICANA)

El espacio se enciende como una hoguera
 en que su lumbre en ondas el sol derrama,
 y en ese ambiente lleno de roja flama
 alza la palma airosa su cabellera.

Las líneas de sus arcos forman esfera
 encorvando una rama tras otra rama,
 y en el tronco una escama tras otra escama
 desde el pie la acorazan á la cimera.

Una cigarra ronca de un arco asida,
 cuando el calor ardiente rinde la vida
con su voz prolongada rompe el sosiego.

Y alzando sus estivos cantos triunfales,
 entre el pago profuso de cafetales
 derrama sus estrofas de luz y fuego.

PESADILLA

(ACUARELA ANDALUZA)

En los marmóreos patios de mi Sevilla
 mientras el sol las calles dora y retuesta,
 entre el sopor pesado de roja siesta
depone mi muchacha peina y mantilla.

Bajo el toldo flotante la fuente brilla
 derramando sus gotas en son de fiesta,
 y la mujer escucha la mansa orquesta
 entornando los ojos que el sueño humilla.

Sueña que, junto al muro que la aprisiona,
 un rondador cautivo de su persona
dice frases galantes á su figura;

Y que yo la interrogo con mis miradas
 y hay tras la reja gritos y cuchilladas
 por ganar la bandera de su hermosura.

LOS PAVOS REALES

(ACUARELA AMERICANA)

Cuando finjo que vuelvo de los maizales,
 ya al morir entre púrpuras el sol caído,
 en medio del paisaje hieren mi oído
con su grito estridente los pavos reales.

Me escondo tras las ramas de los frutales
 y al ave egregia acecho sin hacer ruido,
 y miro los colores de su vestido
 y su moño de breves flechas triunfales.

Repitiendo su canto que el aire aleja,
 hace el amor en torno de su pareja
 y alza la cola augusta de hebras lustrosas.

Y á los ojos abriendo sus galas sumas,
 deja brillar cien rosas sobre cien plumas
 y cien iris prendidos á las cien rosas.

Á UN RÍO

Estruendosa campaña de peleas
 desde tu origen sosteniendo vienes,
 y ruedan más coronas de tus sienas
 que de todos los reinos que rodeas.

Ya la brutal musculatura ondeas
 y en tumbos bajas y á morir te avienes,
 ya aglomerando espumas y vaivenes
 triunfante en el escollo centelleas.

Es tu paso carrera de victorias,
 cargado vas de tus inmensas glorias
 creyendo audaz que tu poder no muere.

Y cuando nada á tu ambición se oculta,
 ¡llegas al mar, que tu ambición sepulta
 y te entona su ronco miserere!

PENSAMIENTOS

(EN UN ABANICO)

De tu pureza las galas
 no empañan nubes ni frondas,
 y en eso al cisne te igualas,
 que atraviesa por las ondas
 sin que se mojen sus alas.

LOS ANCIANOS

Cuando miro á un anciano pedir limosna
 ó á alguna viejecita desamparada,
 aparto la mirada porque la pena
 resquebraja las fibras de mis entrañas.

¿Dónde estarán los hijos que se mecieron
 en sus brazos benditos? ¿dónde las almas
 que esos pobres ancianos dieron al mundo
 para que, envilecidas, les olvidaran?

¡Pedir una limosna la madre nuestra!
 ¡arrastrarse en las calles duras y heladas!
 ¡no hallar misericordia la mano pura
 que tiende demandando cariño y gracia!

¡Caer sobre sus hombros el aguacero
 ó el sol que su organismo sin vida abrasa!
 ¡echar las santas sienas sobre una piedra
 dura cual la impasible piedad humana!

La que meció en la cuna nuestros ensueños
 y combatió los males de nuestra infancia,
 y como una terrible loba á la muerte
 abrió, para salvarnos, las fieras garras.

La que para curarnos de las heridas
 lamó, si fué preciso, las sucias llagas,
 y vivió, con el alma, noches y noches,
 suspendida del hilo de la esperanza.

La mujer que la anemia trajo á sus venas
 por dejar en las nuestras vida y sustancia,
 y con paciencia noble nos hizo buenos
 al son de las leyendas y las plegarias,

¡es la que vagabunda, sin un abrigo,
 sin hogar ni familia, piedad ni gracia,
 tiene los hoscós perros por compañera
 en las noches medrosas, mudas y largas!

¡Qué monólogos tristes irá diciendo
 la infeliz que en el lodo social se arrastra,
 ella, á quien se debiera coger en hombros
 y colocarla, en triunfo, sobre las aras!

Y puede ser que vivan los hijos suyos,
 y del café en la rica mansión dorada,
 — estercolero de oro donde se pudren
 entre espirales de humo las nobles almas, —

con otros seres viles rían gozosos
 ante la copa en grato licor bañada,
 escuchando el estruendo donde se ahogan
 los terribles lamentos del que naufraga.

Lleno de ira tremenda formar querría
 látigo con las firmes cuerdas del arpa,
 y como de las fieras se azota el cuerpo
 cruzar de los inicuos hombres la cara.

Humanidad sin freno, ley ni decoro
 que á tí misma te inciensas y te decantas,
 especie envilecida sin sentimiento,
 ¿dónde están las virtudes de que te ufanas?

Los andrajos que puestos llevan los pobres
 tú los llevas colgados dentro del alma;
 si cual cristal tu pecho se trasluciera,
 ¡qué espectáculo horrible se contemplara!

Tu corazón, más duro que el de los tigres,
 para tu madre misma pliega las alas,
 y sólo las desriza para tenderlas
 sobre lagos revueltos de inmundas aguas.

Si un latido amoroso queda en tu pecho,
 separa una limosna con mano santa,
 ¡para los pobres viejos que nadie quiere!
 ¡para las viejecitas desamparadas!

SALVADOR RUEDA.

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

FUÉ Mallorca uno de los grandes mercados de Europa, y al par uno de los depósitos más importantes de las riquezas de la India y del África, de manera que no existía familia noble,—y éstas eran muy numerosas,—que no contara por lo menos con una nave sostenida á sus costas.

Sin embargo, el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, por una parte, y por otra la expulsión de los moros de España, dieron un golpe mortal á la prosperidad de las Baleares: aquél, porque comunicó nueva dirección á la corriente de las producciones asiáticas; la segunda porque interrumpió las relaciones comerciales existentes de muchos años entre ambos pueblos.

El efecto de dicha expulsión, por lo que á las Baleares se refiere, puede compararse al que produjo en Francia la revocación del edicto de Nantes, que, proscribiendo los protestantes, enriqueció con nuestra industria los Estados limítrofes.

Al presente las relaciones mercantiles de las Baleares no se extienden más allá de las costas mediterráneas de España, África y Francia, constituyendo los artículos más importantes de su exportación el aceite, las almendras, las naranjas, los limones, las alcaparras, que en grandes cantidades van á Marsella, el ganado de cerda, que envían á Barcelona, y las legumbres.

Mallorca es la más extensa, y al propio tiempo la más fértil de las islas que constituyen el grupo de las Baleares: su suelo es tan fecundo, tan dulce su clima, y tan amenos y encantadores sus paisajes, que los antiguos les dieron el nombre de Endemonios, es decir, las islas de los Genios bondadosos, y Afrodisiadas, ó sea Tierras del Amor. Su población, comparada con la de las demás regiones de España es dos veces mayor.

La superficie de Mallorca es de 3,395 kilómetros cuadrados; siendo 60,000 el número de los habitantes de la capital, y unos 210,000 el de los de toda la isla.

La fundación de la ciudad de Palma se hace remontar á más de un siglo antes de la Era Cristiana, atribuyéndose á Quinto Cecilio Metello, apellidado el Balear. Se dice que cuando quiso desembarcar en la playa, tuvo que cubrir con pieles los puentes del buque para poner las tripulaciones al abrigo de los proyectiles arrojados por los honderos mallorquines.

Los antiguos atribuyen á los habitantes de las Baleares extraordinaria destreza en el manejo de la honda, sosteniendo Dameto, escritor del siglo XVIII, que era tal la fuerza que imprimían á sus disparos, que las balas de plomo, empleadas como proyectiles, fundíanse á consecuencia del roce engendrado por la violencia y la rapidez que les imprimían al ser disparadas (1).

(1) Si Dameto dice esto, que lo ignoramos, fuerza es convenir en que se dejaba muy atrás al más exagerado andaluz.

La historia de Palma es sumamente variada é interesante, formando parte de ella sucesos por demás notables.

Al realizar la conquista el rey don Jaime, la ciudad sostuvo con valor y decisión un sitio muy prolongado, y rendida al cabo, fué entrada á saco, durando el pillaje ocho días consecutivos.

El vencedor la ensanchó y procuró embellecerla por cuantos medios estuvieron á su alcance, puesto que además de los magníficos monumentos de que queda hecha mención, construyó una ciudadela y fortificó su puerto. Entonces comenzó para ella una era de verdadera prosperidad, que habría llegado á prodigiosa altura, sin el azote de dos mortíferas epidemias que castigaron á Palma, hasta tal extremo, que fué preciso conceder no pocos derechos é inmunidades á los extranjeros que se determinaron á establecerse y domiciliarse en ella.

En 1391, hubo una matanza de judíos, en la cual perecieron no pocos de ellos: sus casas fueron saqueadas, y con ellas el tesoro público.

En el siglo siguiente la *Riera*, que es una corriente de poca importancia que atraviesa la población, experimentó una crecida extraordinaria, tanto, que de sus resultas quedaron destruidas 1,600 casas, y anegadas 5,500 personas.

Otra vez en 1475 la peste diezmó la población.

Más adelante los *pagesos* (aldeanos propietarios) cargados de duros impuestos, y maltratados por la nobleza, alzaronse, á imitación de los menestrales de Valencia, y pusieron sitio á Palma después de haber roto los conductos de las aguas de que se surtía la ciudad. Durante el asedio insurreccionáronse los plebeyos que vivían en la capital, y saquearon las moradas de la gente rica y acomodada. Al fin, al cabo de dos años de luchas sangrientas, el rey acudió con su apoyo á la nobleza: los rebeldes fueron vencidos y juzgados, y la ciudad, oprimida por los impuestos, vió consumada su ruina.

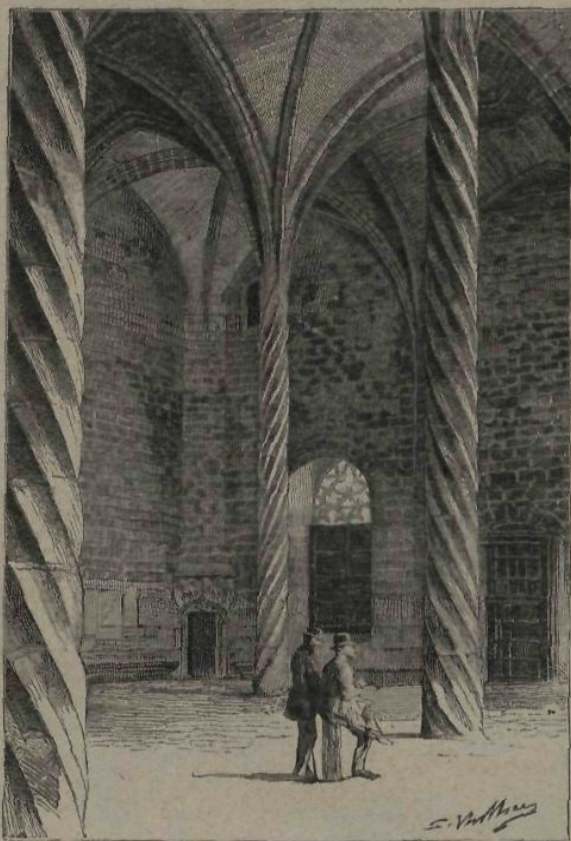
Sea como quiera, á pesar de las epidemias, de las hambrunas, de las inundaciones y de las luchas intestinas, Palma había conservado cierta importancia bajo el punto de vista marítimo y comercial. No una sino muchas veces rechazó los frecuentes ataques de los corsarios: los ciudadanos más conspicuos y caracterizados por sus empresas militares, satisfechos con los timbres que su pericia les conquistara, declinaron la honra de ser ennoblecidos; pero al finalizar el siglo XVI, había hasta tal punto decaído de su pasada grandeza, que no existía en su puerto anclado un solo buque capaz de hacer frente á los piratas que la atacaban.

El clima de Mallorca es más agradable que el de Valencia, á pesar de hallarse con corta diferencia en la misma latitud, debiéndose principalmente esta circunstancia á hallarse rodeada por el mar, que iguala la temperatura.

Con todo, ésta varía no poco, influyendo en elló la exposición de los terrenos, y tanto es así, que en las vertientes de los montes que en dirección de Nordeste á Sudeste constituyen uno de los lados de la isla, se disfruta un fresco relativo, al paso que en la parte llana el calor es insoportable.

A propósito de esto citaremos el hecho consignado por Miguel Vargas relativo á las temperaturas mínimas que se experimentaron en la rada de Palma durante el riguroso invierno de 1784. Dice dicho escritor que sólo un día del mes de Enero llegó á 6°, siendo lo común mantenerse entre los 11 y los 16°.

De mí sé decir que durante los últimos días de Octubre, y todos los del mes de Noviembre, vestí como en



Interior de la Lonja

Julio y en Agosto en París, con la circunstancia de que en mitad del día casi sentía calor: en cambio, durante la mayor parte del mismo era tan dulce y agradable la temperatura, que más parecía de primavera que de últimos de otoño.

El amigo Sellarés, que me veía dominado constantemente por el deseo de visitar cuanto se encierra en ella de notable, que no es poco, me decía algunas veces:—Cuando haya usted comido cuatro ó cinco docenas de *enciamedas*, ya se calmará un poco su entusiasmo investigador: á la hora de esta todavía es usted demasíadamente parisien-se; es decir, nervioso, activo, frenético. Nosotros somos mucho más calmosos, y es que, como nos sobra el tiempo para todo, no tenemos por qué apresurarnos, y en caso de apresurarnos, corremos despacio, como dice uno de los poetas ultrapienéricos. Con semejante sistema nos va perfectamente: nuestra existencia se desliza tranquila y apacible, y como nuestras exigencias son muy limitadas, y no tenemos por qué esforzarnos gran cosa para realizar-

las, llegamos á viejos con la dulce satisfacción de haber gozado durante largos años del sol y de las maravillas de nuestra isla.

Las *enciamedas* de que me hablaba Sellarés, y á cuyas propiedades calmantes atribuía tanta influencia, son un pastel cuya masa tiene muchos puntos de contacto con nuestros hojaldres, pero más untuosa, por lo mismo que está completamente impregnada de manteca de cerdo. La sirven generalmente con el chocolate. Su digestión es bastante difícil, y tal vez influye en la dejadez y falta de actividad que, así en lo físico como en lo intelectual, producen el aislamiento y más que éste el calor.

Sea de esto lo que se quiera, mi permanencia en la capital no podía prolongarse todo lo necesario, para poder alcanzar los beneficios que se prometía mi amigo de sus *enciamedas*. Roguéle, pues, un día, que se dignara acompañarme al pino famoso de los Moncadas, debiendo confesar en favor suyo, que lo mismo en esta ocasión que en todas cuantas juzgó que podía serme útil, desmintió con su actividad, cuanto dijera de la calma característica de los isleños.

Tomé, pues, por mi cuenta una *galera*, que, como he dicho, son unos vehículos sumamente ligeros y hasta elegantes, causando verdadera sorpresa la rapidez con que corren, lo mismo en el terreno llano que en las cuestas, subiendo ó bajando arrastradas por su tronco de mulos.

En semejante disposición seguimos á lo largo de los muelles, por un camino lleno de polvo hasta el Terreno, que es un barrio ó arrabal constituido por numerosas y lindas casas de campo, con graciosos jardincitos que sombrean frondosas higueras, y embellecen numerosas flores, siendo el sitio predilecto de los palmesanos para pasar en él los meses del estío. Hállase rodeado de un espeso bosque de pinos, por en medio del cual cruza el sendero que conduce al sombrío castillo de Bellver, que visité el día siguiente. Las olas van á estrellarse en las rocas que forman la base de la colina sobre la cual se levanta el Terreno, magnífico punto de vista que domina el hermoso panorama de la ciudad, de la bahía y de las lejanas costas. Cuando el día es claro y sereno, y está despejada la atmósfera, puede también distinguirse en el lejano horizonte la agradable silueta del islote de Cabrera de triste recuerdo. La circunstancia de hallarse el Terreno á muy corta distancia de la ciudad, tanto que los carruajes emplean poco más de un cuarto de hora en salvarla, hace que la concurrencia sea en verano muy numerosa, puesto que las familias no deben verse privadas de tomar los baños de mar, ni los hombres de negocios deben desatender poco ni mucho sus habituales ocupaciones. Además del Terreno existe, en la parte oriental, otro barrio conocido con el nombre de Molinar de Levante, poblado también de numerosas casas de campo; pero su situación es menos agradable, y no tan escogida la sociedad que en el mismo veranea.

Después de haber atravesado esa linda población, completamente desierta en la época del año en que nos hallábamos, el camino continúa por la orilla del mar, siguiendo los caprichosos accidentes de la costa. Las olas lamían dulcemente la arenosa playa, deshaciéndose en anchas franjas de blanca espuma, ó acariciaban juguetonas las rocas que salían á flor de agua. En algunas diminutas ensenadas veíanse sobre la arena algunos botes de placer.

Por todas partes crecen las hierbas aromáticas tales como el romero, el tomillo, el mirto y el espliego, meciendo la brisa del mar las flores de los flexibles tallos de los frondosos matorrales.



EL DUQUE DESIDERIO DE ALSACIA DEPOSITA LA RELIQUIA DE LA SANGRE DE JESUCRISTO
EN LA IGLESIA DE SAN BASILIO
PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT



UN CAPÍTULO DE LA ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

Al paso que adelantábamos, las ondulaciones del terreno ocultaban con frecuencia á nuestras miradas la ciudad de Palma, cuyas blancas casas y severos edificios producen un efecto encantador vistos al través del frondoso pinar.

Al cabo de dos horas de camino, que se nos pasaron volando, embriagados en la contemplación de la inmensidad del mar y de la bahía, y aspirando el perfume resinoso del bosque y de las plantas aromáticas que bordean el sendero, el cochero detuvo el vehículo, descendió del pescante, y con una cortesía completamente desconocida por sus congéneres de París, abrió la portezuela, y con el sombrero en la mano nos pidió que tuviéramos la bondad de apearnos.

Habíamos llegado al término de nuestro viaje: nos encontrábamos junto al pino de los Moncadas, que se levanta en una especie de arenal inculto, bañado por el mar. En este sitio desembarcó el rey Jaime I el Conquistador, con sus compañeros de armas, y trabó por vez primera su lucha contra los infieles el día 12 de Septiembre de 1229. En él hallaron también la muerte los hermanos Moncada, vástagos de una de las más nobles y distinguidas familias de Cataluña.

Séanos permitido reproducir la descripción que M. Frédéric Donnadieu, publicó en la *Revue Félibréenne*, de la fiesta religiosa y patriótica que tuvo lugar el día 5 de Mayo de 1887, con motivo de la inauguración de un monumento erigido al pie del histórico y gigantesco pino.

«Congregóse aquí numeroso pueblo procedente de los lugares vecinos de Cabria y de Andraitx. Un sencillo altar formado por una tabla y dos piedras cubiertas con blancas draperías, sin más adorno que verdes guirnalda de laurel y boj entretejidas de olorosas rosas, apoyábase en el robusto tronco del pino, único que vive de los que fueron testigos de aquellas grandiosas escenas.—A dos pasos del árbol histórico, alzábase desde la víspera una cruz de hierro, de cuyos brazos pendía el aureo pendón de las rojas barras, que constituyen las armas de Cataluña, sobre un robusto pedestal de piedra, en el cual no habían podido grabarse, por material falta de tiempo, las dos fechas conmemorativas del 12 de Septiembre de 1229, y 5 de Mayo de 1887, que sobre el mismo se han esculpido.—El inspirado autor de *La Atlántida* y de *Canigó*, asistido por mossén Jaume Collrell, y por el reverendo Rass, celebró el oficio divino, en presencia de aquel numeroso concurso de labriegos, de ciudadanos, de poetas y de artistas, que conmovidos por el fervor religioso, por el sentimiento patriótico, por la grandiosidad de los recuerdos y por lo desusado del suceso, asistían devotos y con profundo recogimiento á aquella escena indescriptible que se realizaba bajo la bóveda inmensa de los cielos, haciendo coro á las preces del sacerdote el suave susurro de los pinos acariciados por las brisas, y el rumor cadencioso y acompasado de las olas. Las lágrimas de la emoción más pura brillaban en aquellos rostros, cuando bendecida la cruz y rezado un responso para el eterno descanso de los Moncadas, mossén Collrell, de pie junto al pedestal, leyó, con voz conmovida, el pasaje de la *Crónica del rey Jacme* en que se refiere la muerte de aquellos héroes.

«Era ésta, decía el referido sacerdote en la corta y expresiva relación que del hecho publicó en *La Veu del Montserrat*, correspondiente al día 14 de Mayo de 1887, la única oración fúnebre apropiada al lugar y á las circunstancias. La palabra sobria, concisa, ingenua y casi infantil del Conquistador, penetraba hasta lo más íntimo de los corazones, y por un instante no hubo quien no viera con los ojos de la imaginación al rey Jaime vertiendo lágrimas

sobre los inanimados cuerpos de Guillén y Ramón de Moncada.»

Los restos de los nobles caudillos fueron conducidos á Palma y depositados en la iglesia del Sepulcro, que había sido una mezquita durante la dominación musulmana: más adelante fueron trasladados á Cataluña.

Al regreso tomamos por un camino que, penetrando en los bosques por la vertiente de la montaña, nos condujo al castillo de Bendinat, propiedad del conde de Montenegro.

Cuenta la tradición, que después de la sangrienta batalla en que perecieron los hermanos Moncada, el rey, que no había probado bocado en todo el día, encaminóse, en compañía de su lugarteniente, á una casa de campo que en aquellas cercanías se encontraba, en la cual comió con muy buen apetito. En el sitio en que existió la casa, levantóse más tarde el castillo actual, que se llamó Bendinat, por contracción de las palabras *bé hem dinat* (bien hemos comido) que pronunciara el rey después de haber dado al cuerpo lo que tanto había menester. Pretenden algunos que no pudiendo ser los manjares ni muy abundantes ni muy apetitosos, las palabras del rey debían tomarse en sentido irónico.

Al caer el día hallábamonos de regreso en Palma, habiendo seguido el mismo camino que tomáramos por la mañana. Acariciaba nuestros oídos el grato rumor del oleaje: el sol se ocultaba en el horizonte, y unos en pos de otros envolvíanse en las sombras los agudos campanarios y elevados edificios que teñían de rojo los postreros rayos del sol poniente, al par que sobre las olas la luna difundía su luz plácida y argentada.

C. V. DE V.

(Continuad.)

A orillas del precipicio

I

¿Qué es lo que preocupa á Juanito Vélez, á quien veis deslizarse por las aceras de la corte, con el sombrero echado sobre las cejas, la cabeza baja y comiéndose el puño del bastón á guisa de hombre que resuelve en su magín algún gravísimo problema?

Voy á decíroslo. Juanito, que es mozo que sabe vivir, va excogitando los medios más seguros y rápidos de seducir á la mujer de su íntimo amigo, Luciano Dávila.

Porque, como él decía pocos momentos antes á otro de sus íntimos:

—Luciano y yo somos como Cástor y Pólux, como Píldes y Orestes, como las dos columnas de Hércules, que representan el *non plus ultra* de la amistad; pero de algún tiempo á esta parte no me conozco, no encuentro gusto en nada, y lo que es peor, no cómo ni duermo bien. Quiero mucho á Luciano, pero ¿qué culpa tengo yo de que su mujer me guste?

El aire de perfecta convicción con que Juanito exponía esta suprema razón de sus propósitos, pareció irresistible al amigo confidente, que no entendía de bromas como Juanito, cuando se trataba de dar al gusto lo que pedía.

La mujer de Luciano era una rubia apetitosa, en toda la plenitud de la hermosura. El botón de rosa es bello, porque promete ser rosa abierta, y rosa abierta, en el punto y sazón de su mayor lozanía, era la mujer de Luciano, cuando tuvo la mala suerte de turbar el sueño y dificultar las digestiones del amigo íntimo de su marido.

Justo es decir, que ni por un momento pensó Juanito, que era muy condescendiente, en contrariar su gusto, pero la empresa no dejaba de ofrecer sus dificultades. Amalia, que así se llamaba la mujer de Luciano, era mujer de quien no se sabía que hubiese dado, ni de soltera, ni de casada, ningún resbalón, y que amaba, por añadidura, á su marido, si no mentían las apariencias. Tenía, de Luciano, un angelito de cuatro ó cinco años, que si no llenaba la totalidad de su vida, llenaba, por lo menos, las tres cuartas partes, y para la empresa que Juanito meditaba, uno de esos ángeles, suele ser, bajo el aspecto moral y material, un verdadero engorro.

Juanito había comenzado ya á poner sitio á la plaza, procurando debilitar sus medios de defensa. Amalia era aficionada á leer novelas, y Juanito el encargado de proveer el domicilio conyugal de su amigo de este adminículo indispensable de la vida moderna. Es verdad que Amalia le pedía siempre novelas morales; ¿pero en qué libro, por depravado y licencioso que sea, deja su autor de hacer gala de moralidad? Cuando Amalia se escamaba demasiado de las lecturas que le procuraba el amigo de su marido, éste, para demostrar que se corregía, la daba alguna de las muchas novelas que terminan con moraleja espeluznante, pero con principios y medios llenos de detalles escabrosos. Juanito no temía por instinto á semejante especie de moralistas y cuando daba un libro de estos á Amalia solía decirle:

—¿Un buen seguro que no dirá usted que esta novela es inmoral; todos dicen que es muy bonita, pero á mí no me gusta porque parece escrita por una monja escrupulosa.

Decidido á dar el asalto, en él iba meditando Juanito en el momento en que le hemos señalado á nuestros lectores. Caminaba despacio é iba rumiando la mejor manera de penetrar en la plaza con el menor estruendo posible, porque el ruido, en su opinión, sólo era bueno para la plaza de toros. Pero en el momento de poner manos á la obra, obra que *in genere* le había parecido siempre de sencilla y fácil ejecución, empezaba, con sorpresa suya, por no saber cómo comenzar el ataque.

—Amalia será como todas las mujeres, estoy seguro de ello, decía para sí Juanito; pero convertirse de repente de amigo del marido en amante de la mujer, no deja de ser embarazoso. ¡Quién sabe cómo lo tomará! Si se lo dice á Luciano, sobre ponerme en ridículo, me expongo á tener con él un lance, y yo, que soy positivista, haría la mayor de las sandeces, si por dar gusto á mi cuerpo atrácase en mi cuerpo un balazo ó una estocada. Sería esto faltar á mi propósito de ver cuánto puede durar un Juanito Vélez bien cuidadito. Pero, por otra parte, Amalia me hace un tilín de todos los diablos. Es lo que se llama una real hembra. No diré que no haya mujeres tan guapas como ella, mujeres, que, por añadidura, si yo quisiera ir hacia ellas me ahorrarian la mitad del camino; pero estas mujeres no son Amalia, y Amalia es, por el momento, la que me saca de quicio los sentidos. Es evidente que yo necesito á esa mujer, y si no la logro voy á enfermar de ictericia. Luciano es mi amigo, ¿pero le salto por ventura algún ojo, ó le desfalco su caudal, ó le hago algún daño positivo por solicitar los favores de su mujer? Y ¿quién tiene, después de todo, culpa de lo que sucede? En primer lugar, los atractivos de Amalia hechos á la exacta medida de mi gusto, y en segundo, la tontería de Luciano, que me ha escogido por confidente de sus propósitos de pasar por encima de la fidelidad conyugal. Desde el día en que me refirió que estaba encaprichado por esa flamenca de café, que hasta ahora ha co-

rrido por cuenta del fahendón de Meneses, me entró á mí, sin saber cómo, un furioso deseo de hacer la corte á su mujer. Si Luciano busca distracciones fuera de su casa, ¿por qué Amalia no ha de poder hacer otro tanto? Me parece que esto es lógico. Todas esas distinciones que nosotros hacemos entre la mujer y el marido, son distinciones interesadas. Yo las apoyo por espíritu de clase y porque un día ú otro puede entrar también en mis cálculos ser marido, pero en realidad, ó el nudo conyugal es una pamplina, ó lo mismo obliga al hombre que á la mujer. Nada, nada, justicia seca. Seré amigo de Luciano, como Luciano es esposo de Amalia. Hay que restablecer el equilibrio en ese matrimonio, y pues Luciano quiere dar á Amalia una coadjutora, bien puedo, sin ofensa á la amistad, procurar que Amalia dé á Luciano un coadjutor.

Fortalecido con este razonamiento, Juanito empezó á hacer la corte á Amalia, aunque con mucha cautela. A fuer de hábil táctico, fué descubriendo poco á poco sus baterías y llegó sin dificultad al punto que él creía más difícil, esto es, á galantear á Amalia sin que ésta le pusiera á la puerta. Creía Juanito, y en tesis general creía muy bien, que una vez aceptada esta situación, la caída era inevitable, era cuestión de días; pero aquí, con sorpresa suya, fallaron sus cálculos. Eva escuchaba á la serpiente, pero no mordía la manzana. ¿Era virtud, era amor á su marido, era sentimiento maternal, era temor al qué dirán lo que contenía á Amalia á la orilla del precipicio? Era algo de todo esto. Amalia no era devota, ni mucho menos; pero de la educación religiosa de cajón, digámoslo así, que le habían dado sus padres, se había quedado con algo que no hacía juego con las pretensiones seductoras de Juanito. Sin virtud suficiente para rechazar las lisonjas, le quedaba todavía un fondo de religión que le hacía mirar con susto la sima de irreparable degradación y remordimiento que hay detrás de la primera falta. Juanito la entretenía, Juanito excitaba las fibras de su vanidad mujeril; pero plantada en los mismos confines de lo ilícito, se mantenía firme, sin valor para echarse atrás; aunque decidida á no caer. Contribuía también á retardar el terrible desenlace que Juanito esperaba, el amor que Amalia conservaba todavía al que, además de ser su marido, era padre de su hijo. Conviene añadir que un hijo, para la madre que no ha pasado el Rubicón y no ha perdido la estimación de sí propia, es, como ya creemos haber indicado, un obstáculo que no se atropella sin dolorosos tirones de conciencia. Necesita gran valor moral una madre, ó para hablar con más propiedad, necesita no tener ninguna moralidad para resolverse á manchar los labios de su hijo, entregando á sus besos inocentes una frente materialmente impura. Por último (porque conviene decirlo todo), Amalia, no diremos que no amaba (no queremos profanar esta palabra) al íntimo de su marido, convertido de repente en terrible enemigo de su honra, pero sí que Juanito era para ella ni más ni menos que cualquiera otro hombre. Hubiera sido quizá arriesgado para su reposo, creerle verdaderamente arrastrado por la pasión; pero las mujeres, en este punto, pocas veces suelen equivocarse, y para ella era evidente que Juanito trataba pura y simplemente de satisfacer un capricho más ó menos vehemente, ó, como decía el mismo interesado, de satisfacer un gusto.

Pero la situación era arriesgada. Exacerbado por la lucha, el apetito tomaba á veces en Juanito tinturas melancólicas y pastoriles que turbaban el corazón de la joven, llenándole de remordimiento, é inspirándole el deseo de obligar al Tenorio á emprender la retirada. A falta de

energía para tomar esta última resolución, la joven *procuró fortificarse en su resolución de resistir*. Dos ó tres veces, sin embargo, quiso romper con aquel estado de cosas; pero entonces advertía, no sin espanto, que por el mero hecho de prestar el oído á la lisonja y al galanteo, había ya entre ella y Juanito algo parecido á lazo, de modo que lo que ella deseaba que fuese despedida, en la práctica tomaba verdadera apariencia de ruptura. Esto, que ponía en evidencia la falta cometida, la irritaba y la desalentaba al mismo tiempo. Hubiera sido, sin embargo, suficiente para decidirla á salir de aquella situación angustiosa, el que su marido le ayudase un poco; pero Luciano no veía nada, andaba más distraído que nunca y parecía que conspiraba, con su desatentada conducta, á facilitar la empresa de su deshonor. Lejos de poner estorbos á los propósitos de su amigo, prolongaba sus ausencias so pretexto de negocios y pasaba gran parte de las noches fuera del techo conyugal. Amalia, que en otras circunstancias no hubiera dejado de pedir cuentas á su marido de la irregularidad de su vida y del abandono en que la dejaba, sentíase en el fondo de su conciencia sin derecho para hacerlo y devoraba en silencio su pena y su resentimiento. Como sucede ordinariamente con esta pasión quebradiza é inconsecuente que se llama el amor, el que no había dejado de sentir Amalia por su marido, lejos de debilitarse, tomaba incremento con su abandono, y eso que ella atribuía éste al vicio del juego, idea que Luciano había hecho nacer en su espíritu, juzgando, y con razón, que le sería á su mujer menos penoso verle disipado en el juego que no en la infidelidad.

Resultaba de todo esto que aquella intriga, ligeramente aceptada, iba convirtiéndose poco á poco en un nudo que Amalia no sabía cómo romper y que empezaba ya á ser ocasión para ella de lágrimas y de sordas y secretas inquietudes. Verdad es que cuando Juanito se salía de los lugares comunes de la lisonja y de la adoración y quería ganar camino obteniendo alguno de esos peligrosos favores que no dejan ya hasta el deshonor más que un trecho breve y resbaladizo, Amalia instintivamente se rehacía y obligaba al seductor á retroceder al punto de partida; pero ¿era posible prolongar esta situación?

Juanito, que era profundamente egoísta, estaba ya cansado de esperar. Para él todo aquello no pasaba de ser un idilio y su grosero temperamento repugnaba los idilios. Después de rumiar bien la idea un par de días, se decidió á dar el asalto, echando mano de un recurso que no tenía nada de nuevo, pero que hasta entonces no había querido emplear por considerarle, aunque remotamente, ocasionado á un tropiezo con Luciano, cuyo carácter impetuoso y poco sufrido conocía desde la infancia; pero la furia de su deseo acabó por arrastrarle.

Bien meditado su plan, Juanito entró una tarde en casa de su amigo enteramente decidido á ponerle por obra. Cuando penetró en la sala en que se hallaba Amalia, encontró á ésta ocupada en leer, al lado de la chimenea encendida, uno de los libros con que él procuraba instruirla.

—¡Uf! ¡qué tiempo tan desagradable! dijo después de saludar y dar la mano á la joven.

—Siéntese usted ahí, dijo ésta señalándole un sillón de frente y previniendo la acción de Juanito, que parecía querer sentarse á su lado. Ahí estará usted cerca del fuego.

—Más cerca quisiera estar yo, contestó el Tenorio, acompañando esta observación con una mirada lánguida. Parece que la novela interesa, ¿eh?

—Interesar... no mucho. Yo la leo por satisfacer la curiosidad... por saber en lo que va á parar...

—¡Oh! pues eso ya puede usted imaginárselo. Eso para en que Clemencia...

—Sí, sí, ya me lo imagino. En que Clemencia se entrega á su amante y falta á su marido. Casi todas las heroínas de los libros que usted me trae van por el mismo camino.

—¿Qué quiere usted? Es el género que hoy se cultiva. Por eso se llama realista, porque copia la realidad.

—Es claro, como que en el mundo hay de todo. Pero lo que yo veo es que el número de las esposas que andan derechas aventaja con mucho al de las que cojean...

—Temperamentos fríos, mujeres sin corazón... Impropias para excitar el interés de los lectores sensibles.

—Y hacer el juego de los conquistadores.

—Además, no hay que fiarse de las apariencias. Justo es también decir, en abono de Clemencia, que su marido se conducía con ella de un modo horrible.

—Sí, eso es verdad. Por fortuna al novelista le vino bien, sin duda, para multiplicar los incidentes de color subido, pintar á un marido que tenía por hábito la infidelidad, y que merecía...

—¡Pues! Lo que le sucedió, articuló Juanito fijando en su interlocutora sus ojos de color de plomo, con expresión pícarasca.

—No diré tanto. Pero con un marido semejante, la mujer necesitaría ser algo más que honrada, necesitaría ser santa para resistir la tentación de darle una buena lección.

Amalia pronunció estas palabras con el gesto animado y la mirada chispeante. Su temperamento meridional (era hija de Ronda) propenso á dejarse arrebatar por los estímulos de la venganza, se revelaba como capaz de llevarla á los mayores extremos, una vez incendiado por los celos.

Juanito cogió la ocasión por los cabellos; ya hemos dicho que venía decidido.

—Pues désela usted, dijo con aire solemne y con una mirada que podía traducirse así con toda claridad:—Su marido de usted es como el de Clemencia.

Amalia cambió de color rápidamente, y clavando sus ojos en Juanito, dijo con voz sorda pero apremiante:

—No andemos con rodeos. ¿Quiere usted decir que Luciano me engaña?

El interpelado se apretó los labios entre sus dos dedos, como quien se ve obligado á guardar silencio; pero Amalia había tomado ya fuego y reiteró su pregunta con acento todavía más imperioso.

Remedando lo mejor que supo el gesto del que tiene que hacer una cosa que le repugna, Juanito dijo al fin:

—Voy á cometer una acción indigna, pero usted, Amalia, es irresistible. Me tranquiliza, sin embargo, la idea de que lo que voy á decirle no es un secreto para nadie. El pobre Luciano, que hasta hace poco, justo es decirlo, guardó á usted todos los miramientos que merece por su belleza, por sus gracias...

—Diga usted por ser su esposa, por ser la madre de su hijo, exclamó Amalia con ímpetu.

—Eso quería yo decir. Ya habíam llegado á mi noticia ciertos rumores, á los cuales no me decidía á dar crédito. ¡Cómo! me decía á mí mismo. ¿Es posible que un hombre de corazón y de sentido como Luciano, que debe á la suerte la posesión de un tesoro, de una mujer adorable, que otros estarían siempre mimando y contemplando... casi de rodillas?...

(Continuará).

C. SUÁREZ BRAVO.

NUESTROS GRABADOS

Alberto de Vriendt

Y LAS PINTURAS DE LA CASA CONSISTORIAL DE BRUJAS

La palabra pintura histórica no suena bien al oído de nuestra moderna generación de artistas, y si por añadidura se trata de pintura mural, se siente inclinada a considerarla como trabajo de segundo orden. ¡Grave error! El arte, que tiene por títulos de nobleza los frescos de Rafael en las estancias del Vaticano, el portentoso techo de Miguel Ángel en la capilla Sixtina, las deliciosas composiciones de Domenico Girlandajo y del monje de Fiesole, es un arte elevadísimo que ha de ponerse en primera línea en la jerarquía artística. Es cosa completamente distinta de una copia de la naturaleza, ó de trasladar al lienzo una «impresión.» La pintura histórica exige un caudal de conocimientos y estudios, un trabajo concienzudo, junto con un dominio de la técnica difícil ó imposible de alcanzar á la mayoría de los artistas.

No pretendemos con esto proscribir lo que se llama el arte moderno. Débese hacer justicia á cada cosa, á la intención de la composición, al conocimiento de la naturaleza y á la fuerza de inventiva de la pintura de capricho. Pero esto no quita que á su mayor alteza reúna la pintura mural el ser la maestra del pueblo. Para éste constituye páginas arranca-



ALBERTO DE VRIENDT

das del libro de la historia que le hablan con claridad, le alegran é ins-
truyen.

La antigua Brujas en Flandes, en otro tiempo la Venecia del Septentrion, la señora del mar del Norte, en cuyas calles, pobladas por doscientos mil habitantes, se desparramaban los tesoros y riquezas llegados á su puerto, ahora cubierto de arena, es hoy día una ciudad tranquila y empobrecida que apenas cuenta cincuenta mil habitantes. Su vecindario, empero, conserva la memoria de su antigua grandeza, y quiso adornar la sala de regidores de su Ayuntamiento con pinturas murales, confiando la ejecución al entendido é idóneo pintor nacional, director de la Academia de Amberes, Alberto de Vriendt. Desde el año 1888 ha trabajado en dichas pinturas, que habían de ser ejecutadas en tamaño tres veces mayor que el de los cartones. Siete de los ocho cartones que han de ponerse en aquel edificio están ya terminados y éstos son los que vamos á presentar en grabado á nuestros lectores. Estas magníficas obras figuraron en la Exposición del jubileo de Munich en el año 1892. Alberto de Vriendt ha salido del empeño con gran fortuna. Sus cartones, que no deben ser considerados como cuadros sino sencillamente como lo que son, es decir, verdaderos cartones para pinturas murales decorativas, pertenecen por su carácter á la antigua escuela flamenca, y reúnen una admirable corrección de dibujo y gran fuerza y riqueza de colorido. La tarea ha sido para el artista muy difícil, pero no ingrata. La antigua sala de regidores del Ayuntamiento en Brujas es de las más hermosas y grandiosas en su estilo. Mide veintidós metros de largo y recibe abundante luz por sus puntiagudos ventanales. La mayoría de los personajes representados en un friso de treinta y tres retratos son hijos ilustres de la ciudad de Brujas. Quien

comprende y siente el arte admira el genio del artista, que ha logrado dar á sus escenas un sello tan especial de fidelidad histórica, y á los personajes el carácter flamenco propio de la tierra en que nacieron.

El autor de estas obras, Alberto de Vriendt, nació en Gante en 1843 y fué discípulo de su padre Juan de Vriendt, de Víctor Lagye y de la Academia de Gante. En sus muchos viajes visitó Francia, Alemania, Egipto y Palestina. Antes de los treinta años expuso por vez primera sus obras en Amberes, y desde entonces ha concurrido á casi todas las grandes Exposiciones. En 1888 presentó preciosos cuadros de su pincel en la Exposición Universal de Barcelona, logrando el aplauso unánime del público y de la crítica. Sus méritos le han valido el ser nombrado director de la Academia de Amberes, y verse favorecido con condecoraciones belgas y bávaras. Séanle concedidos al insigne maestro que acaba de cumplir los cincuenta, muchos años más para dedicarse al Arte y sostener enhiesta en él la bandera de la pintura histórica, en la cual ha de colocarse entre los primeros maestros de la época presente y al lado de los que la ilustraron en las centurias pasadas.

Los asuntos de las pinturas de Vriendt que damos en este número son los siguientes:

Los regidores de Brujas en el taller de Juan van Eick

Es un cuadro de la vida civil de aquella ciudad en la época en que floreció van Eick, uno de los más insignes pintores de Flandes y jefe de su escuela pictórica. La escena está reproducida con asombroso colorido histórico, merced á la exactitud de la arquitectura, de la indumentaria y, lo que es más de alabar, de los tipos y del carácter de los personajes. Parece una pintura arrancada de un códice del siglo xv, retocada por un artista de nuestra época que le haya impreso mayor vida y animación de las que tenía en su origen.

El duque Desiderio de Alsacia deposita la reliquia de la Sangre de Jesucristo en la iglesia de San Basilio

Es un cuadro asombroso de la época feudal en la Flandes. En primer término, arrodillado, se encuentra el duque Desiderio en el acto de entregar al Abad del monasterio la preciosísima reliquia. Tras de él se ven un prelado, con hábitos monacales, y la duquesa, ambos también de rodillas. Servidores y pueblo contemplan con piadoso recogimiento la escena, que está impregnada de profundo sentimiento religioso. Nótese en ella la fe ardiente de aquellos caballeros que, como Desiderio de Alsacia, fueron en cruzada á la Tierra Santa para rescatar de los infieles el Santo Sepulcro, y que al regresar á sus hogares traían sacrosantas reliquias recogidas en aquellos sitios, á fin de obtener con ellas la protección divina para ellos y para sus pueblos. Todo resulta grandioso en esta pintura. Todo es igualmente de una verdad histórica que sorprende y que proclama la ciencia del autor, al par que su extraordinario ingenio de artista. Es la verdadera pintura histórica que resucita una época.

Un capítulo de la Orden del Toisón de Oro

A la época borgoñona pertenece este tema. En él ha tenido que inventar bastante Alberto de Vriendt, pues no existen datos exactos para reconstituir las ceremonias que se seguían en la imposición de la Orden del Toisón de Oro, orden que representa brillante papel en la historia de los duques de Borgoña. El artista ha colocado la escena, como era lógico, en la sala de un regio castillo. En medio sobresalen las figuras del duque Felipe y de Juana de Castilla, que está á su lado. Ocupan el lado izquierdo los dignatarios de la Iglesia con sus ornamentos ricamente tejidos ó bordados, y el derecho los nuevos dignatarios de la Orden, que llevan, como su Gran Maestre, el manto rojo al cuello y el collar del Toisón. Esta pintura da idea cabal del esplendor de estas ceremonias en la fastuosa corte de Borgoña. Las principales cabezas recuerdan los buenos ejemplares de la escuela flamenca, y en punto á primorosos y oportunos detalles acaso se adelanta este cuadro á todos los que ha pintado Vriendt para la Casa Consistorial de Brujas. A todas las personas de buen gusto, y en especial á los artistas, les llamará de seguro la atención esta notable obra de uno de los más celebrados pintores belgas de nuestro tiempo.



En agricultura se presenta con frecuencia el problema de transformar en jardín un terreno sometido al cultivo ordinario ó que permanece simplemente baldío. ¿De qué naturaleza son y qué curso deben seguir las operaciones de cultivo que es necesario emplear en este caso? ¿Qué abonos es preciso escoger y en qué proporciones deben emplearse por cada área de terreno? M. Grandeau ha contestado á estas preguntas en una de sus revistas agronómicas de *Le Temps*.

La primera operación debe ser una excavación con la azada, tanto más honda cuanto más se extiende la capa del terreno propiamente dicha. Una profundidad de 60 centímetros bastará para las hortalizas, pero es indispensable que alcance un metro si se trata de plantaciones de árboles frutales ó parrales.

Al propio tiempo que se verifica la excavación con la azada, deberá mezclarse con el terreno gran cantidad de escorias de defosforación, si dicho terreno no es muy rico en humus, y de fosfato mineral en polvo fino si la tierra es turbosa ó provista en abundancia de residuos orgánicos. Para las legumbres bastará que se empleen en cada área 20 kilogramos de escorias de defosforación ó 40 kilogramos de fosfato mineral molido muy fino y medianamente rico; para los árboles frutales la cantidad de escorias sería conveniente que se doblara.

En cuanto á la potasa, que escasea por lo común mucho menos en el suelo que el ácido fosfórico, pero de cuya sustancia son muy ávidas las hortalizas, es conveniente que cuando se haga la excavación se introduzca en el suelo cierta cantidad de dicho cuerpo.

Según la clase de terreno será, además, preciso mezclar de 20 á 40 kilogramos de kainita ó de 5 á 10 kilogramos de cloruro de potasio por área. Las cantidades mínimas deben ser de 20 kilogramos de kainita y de 5 kilogramos de cloruro de potasio por área, si se trata de legumbres, y las cantidades máximas de 40 ó de 10 kilogramos, si de árboles frutales.

Para completar la estercoladura fundamental, es preciso añadir á los dos indicados abonos cierta cantidad de ázoe. Para esto se echa mano de los depósitos de ázoe lentamente asimilables, ya sea estiércol, lana ó cuero tostado, torta de simientes oleaginosas, sangre seca, ya simplemente estiércol de cuadra en cantidad de 300 á 400 kilos por área, según la cantidad de ázoe que constituya el terreno.

A falta de los datos que suministra el análisis directo, se puede considerar *a priori* como suficiente la estercoladura que hemos indicado.

* * *

Hubo un marido de dos mujeres que á ambas las dejaba morir de hambre. Muy de mañana salía de casa, y al anochecer regresaba, ahito, contento y satisfecho. Según se explicaba, comía diariamente en casa de los más grandes señores y de los más ricos hacendados de la ciudad. A pesar de lo cual ninguno de éstos le devolvía la visita, ni le mandaba de su parte recado alguno; esto fué causa de que á sus esposas les pareciesen sospechosas sus bri-

llantes relaciones. A una de ellas se le ocurrió ponerlo en claro y un día le siguió de lejos sin que aquél se aperci- biera. ¿Pensáis que le vió entrar en algún palacio? Nada de esto. Atraviesa toda la ciudad sin que nadie se le acer- que para hablarle, ni aun para saludarle. Sale al campo, entra en un cementerio, y come allí los restos de una comida fúnebre. Regresa á la ciudad pidiendo limosna de puerta en puerta, recoge y devora los desperdicios de las mesas. La pobre mujer se volvió á su casa avergonzada y con el mayor desconsuelo.

¿No habéis conocido alguna vez personas que se pa- recen á aquel hombre? Sin duda, y son casi todos los que buscan grandes destinos. Se humillan en secreto y no les avergüenza ninguna bajeza; pero, en su casa, su orgullo no tiene límites. Si sus mujeres viesan la abyec- ción de sus vanidosos esposos, también se avergonzarían, y derramarían amargo llanto como la mujer del mendigo, que por tanto tiempo había sido engañada.

* * *

Habiendo unos bandidos entrado en cierto villorrio, no dejaron con vida más que á dos hombres. Uno de ellos era ciego y el otro paralítico. El ciego se cargó sobre sus hombros al paralítico y éste indicó el camino al ciego; de este modo los dos pudieron alcanzar un asilo. Así también los contratiempos de la vida resultan más soportables cuando los hombres se auxilian mutuamente.

* * *

Un hombre que quería divertirse ató un rosario al cuello de un gato. Los ratones se regocijaron por ello diciéndose:

—Este gato respetable ayuna y dirige sus preces á Buddha: no hay cuidado de que nos coma.

Y esto diciendo empezaron á bailar alegremente en el vestíbulo. En cuanto el gato les vió, devoró varios de aquellos infelices. Los que quedaron huyeron á toda prisa diciéndose en secreto:

—Pensábamos que oraba y que tenía buen corazón, pero su devoción no era más que una comedia.

—¿Acaso ignoráis, dijo uno de los ratones, que en el mundo también hay falsos devotos que aparentan ado- rar á Buddha y tienen el corazón mil veces peor que los lobos?

(Siao-Lin-Kouang-Ki).

* * *

Delante de un señor contaban sus familiares, que don Diego Deza, arzobispo de Sevilla, había sido liberal para sus criados. Respondió él:—Hizo bien, pues lo que tenía no lo tenía más que por su vida.—Dijo un paje hin- cada la rodilla en tierra:—Y usía ¿por cuántas vidas lo tiene?

* * *

Contando un caballero, que venía de Italia, un hecho que le había acontecido algo dudoso, dijo un criado suyo, quitada la gorra:—Suplico á vuesamerced me dé licencia para que no lo crea.

* * *

Cierto caballero, viendo desde una ventana pasar por la calle á un médico, díjole, por motejarle de indocto:

—¿Adónde vais, señor albéitar?

A lo cual respondió el médico:

—A curar á usted.

* * *

A un escudero preguntáronle por qué se había casado con una doncella sorda, y respondió:—Pensando que también era muda.

* * *

La leche fresca puesta en una botella bien tapada, que se tiene, por espacio de un cuarto de hora, en agua hirviendo, se conserva durante muchos años casi tan sana como lo estaba al principio.

* * *

¿Queréis molestar al hombre que más os odia? en vez de echarle en cara su molicie afeminada, sus costumbres disolutas, sus iniquidades, su avaricia, sed honrados, vivid con templanza, respetad la verdad y mostraos en toda ocasión amantes de la justicia y de la humanidad.—MARCO AURELIO.

* * *

Los envidiosos son todavía más dignos de lástima que los desgraciados; éstos no sufren más que sus propios males, al paso que los envidiosos se ven atormentados por la dicha de los demás, tanto como por sus propias desgracias.—TEOFRASTO.

* * *

Enopides, viendo á un joven que compraba un gran número de libros, le dijo:—Cuidado, tu cabeza no es un baúl.—STOBE.



Soluciones al número anterior:

À las charadas:

1ª. NA-VA-JA

2ª. ZA-R-A-G-A-TA

Al trío de sílabas:

L A R E D O
R E G A L O
D O L O R E S

Al losange:

R
G A S
R A M O N
S O L
N

CHARADA

Es mi *primera* una letra
que muy poco se usa ya
y si la *segunda* buscas
en la música hallarás.
Tercia es pequeña y muy grande;
y esté dentro ó esté fuera
allí nació y allí vive
prima, segunda tercera.

MORENO, de Barcelona.

FÁBULA CHARADÍSTICA

Era, como viejo, terco
el tronco de buena planta,
que achacoso y hasta hendido
se erguía como una estatua.

Un pájaro vocinglero,
parásito de las ramas,
cansado de hacer piruetas
persiguiendo cucarachas,
burlábase de aquel pobre
profiriendo en son de chanza
frases de doble sentido
y bromas harto pesadas.
El tronco, firme que firme;
el ave, canta que canta,
y por más que le da vueltas,
el otro... ni una palabra.
No atreviéndose á decir
lo que por mientes le pasa,
propone al árbol añoso
descifrar esta charada.
«—Amigo: tú estás del *todo*,
mas esto no se te alcanza;
cuando el *tres dos*, bicho feo,
presuroso se encarama
creyendo hallar un *dos dos*
sabroso y repleto de agua,
llega, por fin, á la copa
y encuentra sólo... hojarasca,
un *prima cuatro* progresa
en tu sombra dilatada,
y el pollino que lo come
te lo devuelve... en patatas;
entre las hojas, *dos tres*
un chillona cigarra
que al darle yo con el pico
entonó *tercera y cuarta*.
Héte aquí monda y lironda
la transparente charada,
ó adivinas ó eres torpe;
ya ves si la cosa es clara.»
El árbol viejo no chista,
aunque extendiendo sus ramas
como brazos musculosos
al pajarillo amenaza;
en el mismo instante, un buho
sobre el incauto se lanza
y le devora, diciendo:
—Pronto estarás *dos tres cuarta*.

Así se castiga al necio
que mal emplea su charla
en burlarse de los viejos
aunque fuese con charadas.

J.

ROMPE CABEZAS

A. D. ARMANDO LECO SOL

EN

TIAS

Formar con estas letras el nombre de una antigua zarzuela castellana de gran éxito.

JULIÁN ITRAME, de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello. Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



El aperitivo de más confianza son seguramente las **PÍLDORAS CATÁRTICAS DEL DR. AYER**. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave e igualmente tan eficaz. La favorita son las

Píldoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra Píldora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia.

Segura, Eficaz y Agradable.

Cuando se sufre de estreñimiento, dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de bilis, tómese las Píldoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., U. S. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicina.



EL BUEN DOCTOR EL CÉLEBRE DOCTOR EL GRAN DOCTOR

Así le nombran al **DOCTOR AGUILAR** todas las Madres que han tenido el buen acierto de medicar á sus hijos con

LA PANACEA ROSADA DEL DR. AGUILAR

Medicamento que es, sin ninguna duda, el **REMEDIO INFANTIL** más Poderoso, Seguro é Infalible que se conoce. Para facilitar la dentición corrigiendo los desarreglos de vientre durante dicho período. Para **Matar las lombrices** (causa de graves trastornos del organismo) y hacer expeler la **BABA** que quema los intestinos. Para purgar con suavidad y curar las **Indigestiones é Irritaciones**. Para evitar y curar los **Ataques convulsivos, Accidentes nerviosos, Congestiones y Derrames á la cabeza** y al mismo tiempo **Purificar y Depurar** el cuerpo de la bilis y humores grasos, infectos y corrompidos que impiden su buen funcionamiento. Para **Prevenir y Combatir** con feliz éxito las erupciones, **Rosa - Escarlatina - Sarampión, etc.** y las enfermedades **Gástricas, Tífoides y Putridas**, porque es tal su virtud desinfectante que, tomándola á tiempo, destruye de un modo rápido y seguro los gérmenes de las enfermedades, y por fin, en cualquier caso grave, aunque se haya perdido toda esperanza de curación, y tanto es así, que sólo algunas tomas de nuestra **PANACEA ROSADA** han bastado muchísimas, pero muchísimas veces, para hacer desaparecer, como por encanto, síntomas de graves enfermedades, devolviendo la salud

al enfermito y la tranquilidad y alegría á los atribulados padres.

Las Madres que la conocen aseguran todas que es la **MEDICINA PRODIGIOSA** para los niños, y que ninguna debe estar sin ella, no sólo para curarles, sino que, cuando están buenos, les hacen tomar cada ocho días 1 ó 2 tomas según la edad, y á tal precaución deben que se conserve la salud de sus tiernos hijos.

Nosotros honradamente prometemos y certificamos que, por más que parezca mucho lo que ofrecemos, es aún más lo que nuestro preparado cumple; pues todos cuantos han medicado á sus hijos con **LA PANACEA ROSADA** del **DOCTOR AGUILAR** reconocen y afirman con nosotros que no hay medicina que sea tan **Inocente, Inofensiva y Benigna**, tan **Suave, Agradable** y fácil de tomar ni de más **Prontos y Felices** resultados para **Prevenir, Corregir y Curar** las enfermedades de la niñez. Léase detenidamente el Folleto que acompaña á cada caja.

Precio de la caja con Folleto explicativo: 2 pesetas
Barcelona.—De venta al detall, farmacia del Dr. Boateila, sucesor de Aguilar, Rambla del Centro, 37, y en las principales de España.—Al por mayor: Dr. Andreu, de Barcelona.

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. **SANATORIUM**

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^{ta}, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^{ta} — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^{ta} — Málaga; don Luis Duarte.